



HOMILÍA MISA CRISMAL 2026

Jesús se pone de pie para proclamar la lectura de la Palabra. Esa Palabra que tantas veces escuchó, meditó, saboreó en la intimidad con su Padre. Cada mañana, lo vemos retirarse, elegir ese tiempo único para el encuentro cara a cara con su Padre, en el silencio, en lugares apartados, anticipándose a la multitud que lo busca con anhelo, ganándole al amanecer, para no eludir este encuentro que marca su identidad, para beber de esa fuente, que luego compartirá a manos llenas con los muchos sedientos.

Jesús enseña con autoridad (Mc 1,22). *¿Qué tiene su palabra?* (Lc 4,36), la gente se pregunta. ¿De dónde le viene esa autoridad? Sin duda, la fuerza de su palabra y de su enseñanza, brota de su intimidad con el Padre. Jesús es el único autorizado para hablar de las cosas de Dios, porque está en el seno del Padre. Desde ese núcleo, desde ese **hogar**, desde ese espacio sagrado proviene su enseñanza y sus palabras de Vida eterna (Jn 6,68): *Nadie ha visto jamás a Dios, el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el **seno del Padre*** (Jn 1,18). Por eso, el Evangelista Juan, el discípulo amado, aquel que se reclinó sobre **el seno de Jesús** (Jn 13,24-25), también tiene autoridad para contarnos quién es Jesús. Sin **intimidad con el Señor** es imposible sostener una vocación de total dedicación y consagración a Dios y a su pueblo. Ahí se nos juega todo, en esa fidelidad cotidiana a esa cita, a ese encuentro...

Esperamos oír tu voz, es la propuesta diocesana para este año. Por eso, la primera voz que queremos y necesitamos escuchar, es la voz del Amado, la que nos entusiasma, la que le da brillo a nuestros ojos, la que entusiasma a otros cuando resuena en nuestros labios y, sobre todo, cuando se refleja en nuestra mirada y en nuestros gestos. La voz del Esposo, la que al escucharla nosotros, como sus amigos, nos llena el corazón de alegría (cfr Jn 3,29).

Escuchar a Dios, escuchar al hermano, es saber **dar espacio** en el corazón. Es vaciarlo de sí mismo, para permitir que el otro sea, para poder acogerlo, en casa, en el propio hogar, para dejar que nuestro corazón se enriquezca con la presencia y la originalidad del otro. Escuchar cada mañana a Dios, es dejarse moldear por su Palabra creadora, aquella capaz de *hacer nuevas todas las cosas* (Ap 21,5), capaz de recrear, de resucitar, de sanar, de liberar.

Cada mañana, Él despierta mi oído para que yo escuche como un discípulo. El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás (Is 50,4-5). Cada vocación es matinal, es decir, se renueva con este llamado que se hace desafiante cada mañana. *Sígueme* nos dice Jesús. Él nos despierta y nos abre el oído, para ponernos a la escucha de su Palabra y seguirlo cada día.

Por eso, queridos hermanos, qué importante es lo primero que hacemos en el día y lo último que realizamos. Esos **rituales matutinos y nocturnos**, que marcan la apertura y el cierre de la jornada. ¿De quiénes son mis mañanas y mis noches? Cómo necesitamos desintoxicarnos de tanta información y comunicación, vaciarnos de tanta distracción, ruido y estímulo, para ser todo disponibilidad para el Amado, que nos convoca y nos atrae, que nos va haciendo suyos cada día. Por eso, *esperamos oír Su Voz*, necesitamos escucharla, es nuestro pan cotidiano. Sin su Palabra desfalleceremos en el camino, nos desorientamos, perdemos el rumbo, la alegría, el entusiasmo y nos hundimos en la *acedia que nos paraliza* (EG 81), en un cansancio pesado, en una pereza espiritual y nos dejamos arrastrar por la tristeza del joven rico, que vio el tesoro que se le proponía, pero no se decidió a abrazarlo, porque era mucho lo que lo retenía.

El silencio y la oración contemplativa son el mejor antídoto para despejar todo obstáculo y resistencia a esta voz del Amado, que nos vuelve a decir: *Sígueme*. Lo contrario a la escucha es la sordera, la obstinación, el endurecimiento del corazón. El pueblo judío

comienza su oración y profesión de fe con este mandato de escuchar: **Escucha** (*Shemá*) *Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Incúlcalas a tus hijos, y háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte* (Dt 6,4-6). Por eso, el gran pecado será el de **no escuchar**, es decir, **la obstinación**: como reza el Salmo 81: *Escucha, pueblo mío, yo atestiguo contra ti, ¡ojalá me escucharas, Israel!, yo, el Señor, soy tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto. Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no me quiso obedecer; por eso los entregué a su corazón obstinado, para que se dejaran llevar por sus caprichos. ¡Ojalá mi pueblo me escuchara, e Israel siguiera mis caminos!* (Sal 81,9-14). Palabras de un enamorado buscando un sí de nuestro lado.

Effetá, Ábrete (Mc 7,14): es la gracia que pedimos en este día del sacerdocio, para ser hombres de silencio y de escucha, para que no caigamos en la tentación de la sordera, la obstinación, el aislamiento... Hoy es un día de gracia para volver a ese *Sígueme* que nos cautivó, que encendió nuestro corazón. Volver a escucharlo con esa fuerza *desarmada y desarmante*. La escucha de esa Voz que nos enamoró, que sedujo nuestro corazón y la única que nos capacita para escuchar **otros clamores**. Como dice el Papa León en su reciente Mensaje de Cuaresma: *Nuestras parroquias, familias, grupos eclesiales y comunidades religiosas están llamados a un camino compartido, en el que la escucha de la Palabra de Dios, así como del clamor de los pobres y de la tierra, se convierta en forma de vida común...*

Esperamos oír tu voz se lo decimos también a cada hermano de nuestro presbiterio, nuestro primer prójimo. Queremos que este año sea un tiempo de escucha privilegiada. Necesitamos escucharnos más entre nosotros, para reconocernos como hermanos y compañeros de misión. El Señor nos confió esta misma tierra de misión a este cuerpo presbiteral que quiere ir creciendo cada vez más en comunión. Esta comunión que se va construyendo artesanalmente con el aporte original de cada uno. Sabemos que el mal espíritu desea atacar justamente la comunión: *el ladrón no viene sino para robar, matar y destruir, pero Yo he venido para que tengan vida y Vida en abundancia* (Jn 10,10), nos dice nuestro Buen Pastor. Por eso, queremos desenmascarar algunas de sus trampas, para no dejarnos engañar por sus ilusiones. En primer lugar, el **mutismo**, que nos impide comunicarnos, que nos paraliza para pedir ayuda cuando somos tentados, que nos encierra en nuestro cómodo aislamiento, que nos impide darnos a conocer y entregarnos al otro. Qué importante es saber pedir ayuda a tiempo, confiarle nuestra vida a un hermano sacerdote que nos escuche, que nos acompañe espiritualmente, que nos dé algún consejo a tiempo, que aliviane un poco nuestra carga.

La **maledicencia**, el hablar mal del otro a través de chismes, críticas, e incluso calumnias, son otra estrategia del demonio para introducir la división, la sospecha y la desconfianza. Ese hablar mal que nos lastima como cuerpo presbiteral, haciéndonos caer en la envidia, la competencia o, lo que es peor, la triste **indiferencia**. Y haciéndonos olvidar, lo que tan bellamente nos dice san Pablo: *¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él. ¿Un miembro es enaltecido? Todos los demás participan de su alegría* (1 Co 12,26).

Los **comentarios ácidos, cínicos y desoladores** que nos restan fuerza para la misión, que apagan esa **esperanza teologal** tan necesaria para estos tiempos difíciles, que nos hunden en una depresión eclesial, en una autorreferencialidad, contraria a esa Iglesia en salida que Dios espera de nosotros. Al comenzar la Cuaresma, el Papa León nos decía en su Mensaje: *Me gustaría invitarlos a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse de utilizar palabras que afectan y lastiman a nuestro prójimo. Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato,*

a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad: en la familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos, en los medios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y paz.

Esperamos oír tu voz se lo decimos al Pueblo de Dios, que se nos confía y del que somos parte como servidores de su vocación bautismal. Por eso, queremos asumir nuestra misión de animadores de la escucha, facilitando la participación de todos, la escucha de todos, dejándonos entusiasmar por el Espíritu que nos sorprenderá con su novedad. Queremos ser los primeros en ponernos a la escucha, disponibles para dejarnos incomodar por palabras que nos animen a una mayor fidelidad al Evangelio. Con humildad, como discípulos que desean aprender y desaprender, nos ponemos a la escucha. Con una profunda confianza en este camino comunitario que culminará con la celebración de nuestros 50 años de vida diocesana. Al escuchar nos haremos más ágiles al Espíritu y a su simplicidad evangélica, que nos hará buscar caminos creativos para anunciar la Palabra a todos.

Esperamos oír tu voz se lo decimos a los pobres, a los que no tienen voz porque se la han silenciado, o que ya no levantan porque nadie los escuchará. Se lo decimos a los jóvenes, para que sus voces frescas y llenas de sueños, resuenen por los pasillos de nuestros salones parroquiales, de nuestros templos y capillas. Se lo decimos a los que están solos y no desean vivir más, atormentados por pensamientos suicidas. Nos sigue diciendo el Papa León en su mensaje cuaresmal: *Comprometámonos para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde **el grito de los que sufren encuentre acogida y la escucha genere caminos de liberación**, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor.* El Papa nos exhorta a una **disposición interior de receptividad**, cuyo paso siguiente es la **respuesta**, el hacernos cargo del prójimo: *Entre las muchas voces que atraviesan nuestra vida personal y social, las Sagradas Escrituras nos hacen capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que **no quede sin respuesta**. Entrar en esta disposición interior de receptividad significa dejarnos instruir hoy por Dios para escuchar como Él, hasta reconocer que la condición de los **pobres** representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia.*

Esperamos oír tu voz se lo decimos a nuestra casa común, esta tierra lastimada por la ambición del extraer, consumir y descartar. Respondiendo con una cultura del contemplar, compartir y reciclar, de modo especial, en estos 800 años de la pascua de San Francisco de Asís.

Decía la Madre Teresa de Calcuta: *Hoy en día no tenemos ni tiempo para mirarnos los unos a los otros, para conversar, para disfrutar de la mutua compañía. El mundo se está perdiendo por falta de dulzura y bondad. La gente se muere por falta de amor, porque todo el mundo está apurado.* Necesitamos, pues, detener nuestro paso, levantar la mirada de la pantalla o de nuestros ensimismamientos, para posarla, reposada, en los ojos del hermano.

No nos alcanzará la vida para agradecer esta Palabra que se posó en cada uno de nosotros y nos desarmó, y nos entusiasmó tanto, que nos hizo rendirnos a sus pies para elegirlo a Jesús como nuestro único proyecto de vida. Hoy renovamos nuestro sí, junto a nuestro pueblo. Lo hacemos de la mano de María. Ella, Virgen oyente, discípula obediente supo **oír en el silencio la voz de Dios**. Con generosidad y entrega supo hacer espacio para acoger y recibir la novedad que Dios le ofrecía y de este modo llegó a ser Madre fecunda... Amén